

El zapato perdido de Vetusta

en las vías urbanas se pierden muchas cosas curiosas o quizás se dejen allí como al descuido, testigos mudos de acontecimientos de los que alguien pretende desprenderse o dejar a modo de improvisadas y enigmáticas esculturas. Y si de algo saben los asfaltos es de los pies que pisan sobre ellos, de los zapatos que se marcan en su dura piel, aunque no dejen rastro visible, pues nuestras calles no son playas ni desiertos, ni siquiera caminos de tierra. Es por ello que de vez en cuando aparecen sembradas por algún zapato, ejerciendo el papel de huella. Suele tratarse de elementos viejos, deshechos, que algún pie ha desahuciado por su inutilidad. Pero no siempre es así. Ocurre por ejemplo con un zapato de mujer, del pie izquierdo, negro y con tacón de aguja, que se planta un día soberbio en mitad de la acera. Es un enigma, un misterio en una ciudad con el nombre literario de Vetusta.

En esa ciudad con vías arriba y abajo, como colinas de asfalto, un hombre avanza tambaleándose, dominado por los vapores del alcohol y lo que es peor, por el ansia de la búsqueda. En la noche iluminada por las luces blancas de las farolas, se detendrá ante ese zapato abandonado y sentándose con aire de derrota, contemplará en silencio aquella prenda.

porque el zapato femenino es algo más que un calzado, va mucho más allá de su homónimo masculino, es la prenda primigenia, con su aquel, su encanto, sus connotaciones esotéricas y hasta eróticas. En su pequeño cubículo se introduce el pie, se amolda y de él nace un cuerpo de mujer. Los cuentos, que a veces son sabios, nos hablan de una cenicienta, belleza y bailarina clandestina, que gracias a un zapato de cristal, termina venciendo a la dictadura familiar. Es posible que ese relato tradicional este demasiado dulcificado, que conozcamos una versión reducida a fáciles deseos, pero lo fundamental es que el príncipe dibuja a la mujer deseada a partir de ese zapato perdido. Es un pigmalión que en la búsqueda de la mujer ansiada, crea una más cercana a sus fantasías que a la realidad. Es quizás eso lo que hace nuestro hombre contemplando un zapato de tacón de aguja, negro y reluciente, abandonado en una acera de la muy noble ciudad de Vetusta.

el paseante nocturno se ha sentado en el áspero suelo, coge el zapato entre sus manos y lo acaricia con lentitud, dejando que el pulso tembloroso se invada de la fina piel artificial. Porque en realidad lo que hace es acariciar a la mujer del zapato, a la que antes no ha podido tocar, la que siempre le ha resultado inalcanzable.

Porque nuestro personaje ha sido ocasional cliente de uno de esos lugares que se dibujan entre terciopelos rojos, y zonas oscuras, donde la luz son prendas de mujer que caen como banderas derrotadas. Las ha visto sobre el escenario, jugar con la barra ascendiendo y descendiendo, mostrando sus pieles pálidas u oscuras, geografías diversas y distantes, cuerpos sucesivos formando un sólo cuadro: el deseo. Y en ese deseo, la visión de sus pupilas viaja, porque los territorios de la fantasía son amplios y sin fronteras, pero siempre acaban en un descenso, en un acercamiento a la realidad, aquello que nos une a la tierra pero nos permite seguir manteniendo nuestros sueños. Es allí donde está la única prenda que ellas no se quitan: sus zapatos. Es posiblemente una forma de protegerse, de vestirse, porque el pie introducido en el pequeño cubículo, desnuda y viste al mismo tiempo, hace terrenal a la mujer, a la vez que la convierte en Diosa. El anónimo ciudadano ha salido del lugar como se abandonó todo templo del placer, confuso, meditabundo, viajando entre el goce y el dolor. Por eso,



Pedro Antonio Curto



Ana Ozores acudiendo con los pies descalzos a la procesión, juega peligrosamente a una seducción que va del dominio a la entrega

cuando se encuentra el zapato en mitad de la acera, aterriza en la tierra y viaja al centro de su confuso mundo. Porque un zapato perdido es un pie que camina desnudo, quizás incluso los dos y él habita en una Vetusta donde se produjera uno de los más perturbadores desnudos: el de Ana Ozores caminando con los pies descalzos en procesión, envuelta en una túnica nazarena. Más escandaloso que Lady Godiva cabalgando desnuda sobre un caballo blanco con la solitaria compañía de sus cabellos rubios, más sensual que las stripper que ha visto sobre la pista del club.

Los pies de Ana hablan de su propia naturaleza física, de su blancura de virgen, de su morboso carácter de extensión de algo más allá de su espacio. Sus pies son la parte expuesta del cuerpo al que pertenecen, un cuerpo que no se ve pero se imagina, oculto y prometido bajo la túnica morada. Así el zapato que no existe es la prenda desprendida, la entrega, la exhibición.

Porque el zapato ha adquirido desde antiguo una asociación de poder o dominio, por ser el pie símbolo del alma. En el antiguo Israel, a la hora de sellar un trato, el vendedor entregaba su zapato al comprador, y pisar un campo con el zapato equivalía a reclamar su posesión. En la Roma Imperial los esclavos estaban obligados a ir descalzos.

Es por eso que Ana Ozores acudiendo con los pies descalzos a la procesión, juega peligro-

samente a una seducción que va del dominio a la entrega, un poder que obtiene con la simple acción de quitarse unos zapatos. Así jugará con los hombres que la desean, que más que hombres, son representaciones de esa vieja e infinita ciudad provinciana que es Vetusta.

El habitante de esa Vetusta del siglo veintiuno acariciará aquel zapato viajando en el mundo de su confusión ética hasta sumirse en una ligera ensoñación. Con el entre sus manos ira variando sus formas, el material con el que esta hecho, porque el zapato femenino, aunque con timidez y discreción, ha ido marchando con el tiempo, con liberaciones y hasta revoluciones, aunque manteniendo siempre su estirpe. Porque sea el simple playero perdido de una corredora de footing, una bota dominante, un elegante zapato dorado, o el de nuestro personaje, negro y con tacón de aguja, siempre estará el enigma de la mujer que vestirá esa prenda del pie.

quizás fue eso lo que enamoro al príncipe, la incertidumbre sobre la mujer que apenas había podido percibir, las fantasías creadas en torno a su fugaz visión. Y al igual que él, nuestro príncipe urbano despertará creyendo haber estado con una mujer de la que sólo le queda su zapato.

Él cree haber conocido a una mujer de la que no sabe su nombre, de la que apenas puede percibir su rostro, un cuerpo que es como una sombra, un aroma que cree retenido entre sus ropas. Es un puzzle humano aunque él no lo sepa, no lo sabrá nunca, porque tratar de vivir bajo la fantasía y el deseo, es como querer atrapar un fugaz amanecer rojizo. De ella sólo le queda el zapato como único testigo, lamentara la pérdida, añorara la magia del encuentro, sin saber que ninguno de los dos ha existido, sólo el zapato negro con tacón de aguja. Nuestro personaje regresará a casa, se duchará, dormirá durante unas horas entre las frías sábanas de su cama de siempre y despertará a su vida gris. Seguirá fantaseando frente a la pantalla televisiva, del cine, del ordenador, en salidas nocturnas, en miradas por las calles de su Vetusta; en ninguna parte encontrará a la mujer que estuvo con él aquella noche. De ella queda su zapato guardado en un cajón, esperando el pie de una moderna cenicienta. Pero no es una cenicienta lo que se desea, pues siempre se espera, a la inmortal y perturbadora, Ana Ozores.

<http://pedroantonioicorto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto